

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 3

La Misión *ad gentes* en la vida de la Iglesia



Tema 6

LA ESPIRITUALIDAD
MISIONERA

PRESENTACIÓN

La espiritualidad misionera es como el colofón y a la vez el aliento de todo lo que se ha venido planteando a lo largo del contenido de esta carpeta 3. Por eso, **la espiritualidad misionera está llamada a iluminar y desvelar el sentido que anima a los misioneros y a todos los que se sienten corresponsables de la misión universal de la Iglesia.**

El tema de la espiritualidad ha cobrado un inusitado interés en la actualidad. Hay como una necesidad sentida de “vivir según el Espíritu”, y esta necesidad se deja sentir hoy mucho más en el campo de la acción misionera.

Pero hay también espiritualidades que no responden a los desafíos que la misión está planteando hoy a los misioneros. Por eso, la espiritualidad misionera no puede ser más que manifestación de los contenidos teológicos que sustentan la acción misionera, es decir, la apropiación subjetiva y la vivencia existencial y personal de lo que es el designio salvífico del Dios trinitario.

Sobre esta base se pueden entender todas las **características de la espiritualidad misionera:**

– **Radical pertenencia a la Iglesia y a las dimensiones universales de la misión** que le ha sido encomendada.

– **Actitud de servicio**, pues Dios y la Iglesia se acercan al hombre para encontrarlo en lo concreto de sus necesidades y de sus expectativas, sin buscar nada en beneficio propio

– **Opción por los pobres**, como expresión de la preferencia de Dios por los más necesitados y desfavorecidos.

En este último tema de la carpeta 3, se pretende ofrecer algunas reflexiones en torno a la naturaleza, significado y fundamentación de la espiritualidad misionera, para terminar perfilando algunos de los rasgos de dicha espiritualidad.

Desde la realidad

1. Al hablar de espiritualidad misionera nos referimos a un estilo de vida. La figura del Buen Pastor es el punto de referencia. ¿Cuáles son sus características?
2. ¿Qué significado tienen para nosotros estas palabras: *Reino, enviado, frontera, periferia, escucha, sencillez, provisionalidad, pascual, comunidad, María?*

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. Naturaleza y significado de la espiritualidad misionera

El término “espiritualidad” en perspectiva cristiana significa *“una vida según el Espíritu”* (Rm 8,9). La “espiritualidad misionera” equivale a la vivencia de la misión como fidelidad generosa al mismo Espíritu.

No basta con estudiar la naturaleza de la misión y los modos concretos de la acción pastoral. Es necesario estudiar también su estilo de vida, su “espíritu”, es decir, su “espiritualidad” o vida según el Espíritu Santo. *“La actividad misionera exige, ante todo, espiritualidad específica que se delinea como plena docilidad al Espíritu”* (RM 87) y *“comunidad íntima con Cristo”* (RM 88).

Cuando el Concilio habla de acción evangelizadora, no deja de referirse a la necesidad de fomentar la *“espiritualidad misionera”* (AG 29). **Es la espiritualidad o vivencia que corresponde al mandato misionero de anunciar el Evangelio a todos los pueblos.**

La espiritualidad misionera equivale a las *“actitudes interiores”* del apóstol (EN 74) que definen su estilo o “espíritu”: fidelidad generosa a la vocación y a la misión del Espíritu (EN 75), para el cumplimiento del

mandato misionero de Cristo según los designios salvíficos del Padre. La realidad de la misión no nace propiamente de una reflexión teológica, sino que procede del Padre, por Cristo y en el Espíritu Santo. Esta realidad se capta adecuadamente en el encuentro vivencial y contemplativo con Cristo, según los planes salvíficos de Dios Amor.

Del encuentro con Dios en Cristo, se pasa a comprender y vivir la misión sin fronteras en la comunión de Iglesias. La cristología y la eclesiología, lo mismo que la pastoral y la misionología, reflejan las actitudes espirituales del teólogo o del apóstol.

El resultado más importante de una vida espiritual misionera vivida en relación personal con Cristo es la alegría de sentirse llamado y amado por Cristo, capacitado para amarle, hacerle conocer y hacerle amar. *“La característica de toda vida misionera auténtica es la alegría interior, que viene de la fe. En un mundo angustiado y oprimido por tantos problemas, que tiende al pesimismo, el anunciador de la ‘Buena Nueva’ ha de ser un hombre que ha encontrado en Cristo la verdadera esperanza”* (RM 91).

II. Elementos fundamentales

Los elementos fundamentales de la espiritualidad misionera los encontramos a partir de la **figura del Buen Pastor**, que se transparenta a través de las figuras misioneras de todas las épocas, desde Pedro y Pablo hasta nuestros días.

La figura del Buen Pastor, con su fisonomía detallada, es el punto de referencia de toda espiritualidad apostólica. Su vivencia es de relación personal y de fidelidad generosa respecto a la misión recibida del Padre, desde la encarnación (Hb 10,5-7) hasta la cruz (Jn 19,30). Esta fidelidad se concreta en sintonía con la

acción del Espíritu Santo que le consagra y envía a *“evangelizar a los pobres”* (Lc 4,18; Mt 11,5). El “mandato” recibido del Padre es el de *“dar la vida”* (Jn 10, 11ss) *“por la vida del mundo”* (Jn 6,51). La caridad pastoral de Jesús se concreta en donación de totalidad y de universalismo: se da Él mismo, sin reservas, como Buen Pastor de todo ser humano. Jesús vivió la misión así y así la comunicó a los suyos (Jn 20,21).

La misión eclesial es la misma misión de Jesús. **Las “actitudes interiores” de los santos y figuras misioneras constituyen su “espíritu” o estilo de evange-**

lización, y son siempre válidas en lo fundamental. Precisamente esta actitud espiritual de los santos, como valor permanente, es la que nos ayudará a afrontar fiel y generosamente las situaciones nuevas de cada época. Siempre serán actitudes de respuesta a la vocación, de relación profunda con Cristo, de seguimiento evangélico, de comunión eclesial y de disponibilidad misionera.

Según las diversas épocas históricas, se podrían concretar los rasgos fundamentales de la espiritualidad que han acompañado el servicio misionero a la luz de las figuras misioneras, de los documentos eclesiales y de la praxis misionera. En todos los casos habrá que discernir lo que hay de valor permanente y distinguirlo de lo pasajero. A cada época hay que juzgarla dentro de su misma perspectiva histórica. Los “hechos de gracia” de todo momento histórico van siempre acompañados de signos pobres y limitados.

Los elementos doctrinales sobre el espíritu de la evangelización se encuentran siempre en los textos inspirados y en la tradición de la Iglesia. La doctrina escriturística va acompañada de la doctrina patristica y conciliar. Veinte siglos de gracia suponen muchas luces del Espí-

ritu Santo concedidas en toda su Iglesia, para poder profundizar mejor en los datos revelados. **Hoy no se puede penetrar el sentido de la Escritura si se omite toda la acción histórica y eclesial del Espíritu Santo.**

Si se estudia la realidad misionera de cada época, emergen figuras e instituciones que subrayan algunos elementos esenciales de la misión, de modo que podemos hablar de espiritualidad misionera peculiar. Frecuentemente esta realidad depende de carismas fundacionales o carismas misioneros específicos, los cuales ponen el acento en diversos factores: el concepto de misión, la metodología apostólica y, especialmente, las virtudes del apóstol y el estilo de vida comunitaria del grupo.

Las líneas básicas de la espiritualidad del apóstol o de las comunidades se pueden deducir de los tres elementos que componen la “vida apostólica” de todas las épocas históricas: **seguimiento evangélico de Cristo, fraternidad o vida comunitaria del grupo, disponibilidad misionera.** En realidad, es este último elemento el que matiza la generosidad evangélica y la vida fraterna del apóstol en general y del misionero en particular.

III. Algunos rasgos de la espiritualidad misionera

Se presentan aquí algunos de los rasgos que configuran y dan rostro a la espiritualidad misionera.

1. Espiritualidad del Reino. El misionero es la persona enamorada del Reino, como Cristo, que vino a anunciarlo y a llevarlo a su plenitud. Una llamada a ser misionero es, ante todo, una invitación a enamorarse de lo esencial: el Reino.

2. Espiritualidad de enviados. El misionero ve a Cristo, preferencialmente, como el enviado del Padre. Él es su modelo, su inspiración, su guía segura. “Como el Padre me envió, así yo os envío” (Jn 20,21). Su mandato genera en el misionero un movimiento de amor, más allá de toda frontera, para efectuar una transmisión. Amar misioneramente, como enviados,

es transmitir lo que se ha recibido y continuar sin cesar la transmisión. El enviado es la garantía de que este movimiento prosigue. Esta misión exige que el misionero se considere como enviado a partir de Cristo y como enviado de Cristo.

3. Espiritualidad de frontera. En los evangelios nos encontramos a Jesús que se mueve más allá de las fronteras de su tierra y de la institución judía. El movimiento que Jesús inaugura a partir de su resurrección supera toda frontera. Necesitamos profundizar en la realidad de la frontera, considerada como lugar, situación y, sobre todo, como opción.

4. Espiritualidad de periferia. La periferia es el lugar de la oveja perdida, en inminente peligro, sumida

en la inseguridad. La periferia es el lugar de los marginados de la sociedad, de la economía y de la fe. Es el lugar de los pobremente pobres: de fe explícita en Cristo y de posibilidades de derechos humanos. Optar por la periferia, por los doblemente pobres, es espiritualidad misionera. Es seguir a aquel que no murió en el centro de la ciudad, sino lejos, en la periferia, en el lugar de la crucifixión, llamado Calvario.

5. Espiritualidad de escucha. No basta con optar por la frontera o la periferia. Bien poca cosa serían si no llegan a ser una voz que nos interpela.

Todo lugar es bueno para escuchar la Palabra de Dios. Todo lugar puede ser un lugar teológico, es decir, un lugar desde el que Dios habla. Desde toda cultura, aun la más pobre, Dios nos desafía. Pero hay que escucharle. Él nos interpela a través de la gente sencilla.

El misionero lleva consigo una respuesta, el Evangelio. Pero el comienzo de su tarea no puede ser el Evangelio mismo. El punto de partida ha de ser una pregunta, un interrogante que llega de toda persona y pueblo desde la situación en que se encuentra: *“El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí”* (Ex 3,9). El Evangelio es respuesta a este clamor: *“He bajado para librarle”* (Ex 3,8). Pero para dar la respuesta es necesario escuchar la pregunta. Sólo quien escucha puede ofrecer una buena noticia y no sólo una doctrina.

6. Espiritualidad de sencillez. La sencillez es la condición para escuchar. La persona sencilla es capaz de asumir una actitud de discípulo dispuesto a aprender. Sencillez quiere decir amor a lo esencial. La espiritualidad misionera exige sencillez. Sólo este rasgo asegura la posibilidad de alcanzar al hombre en la fuente de su humanidad y, consiguientemente, en el nivel de mayor universalidad.

7. Espiritualidad de provisionalidad. Vocación misionera quiere decir vocación a un servicio itinerante. *“Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique; pues para eso he salido”* (Mc 1,37). La misión universal es movimiento, desplazamiento de un lugar a otro dejando atrás comunidades formadas como signo e instrumento del Reino. Este movimiento exige el sentido de lo provisional. No la provisionalidad del turista que, como ave migratoria, pasa sin un compromiso serio, sino la de Juan Bautista que dice: *“Es necesario que él crezca y yo disminuya”* (Jn 3,30).

Se trata de una provisionalidad que exige, por una parte, despojo de sí, de los propios proyectos personales, y, por otra, confianza en el otro, en sus capacidades de actualizar la creación, de construir el futuro, de llevar su propia planta hasta la cosecha. Sentido de lo provisional es dejar que el otro sea: es ayudarle a que sea autónomo, dándole el espacio necesario para ello.

8. Espiritualidad pascual. Pascua quiere decir muerte y resurrección. Asumir la dimensión de la cruz quiere decir vivir la espiritualidad de renuncia, de olvido de sí, de sacrificio. *“El siervo no es más que su Señor. Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán”* (Jn 15,20). Este rasgo sale al paso de una visión de la persona donde la autorrealización del yo, sobre toda otra cosa, es el primer valor.

Pascua es también resurrección. La espiritualidad misionera es propia de los enamorados de la vida. *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”* (Jn 10,10). El misionero es un proyecto vivo a favor de la vida en todas sus expresiones. Es el testigo de la resurrección, de la vida nueva que quiere hacerse presente en las comunidades pascuales reunidas en torno a la Eucaristía y lanzadas, desde la misma, a la misión.

9. Espiritualidad comunitaria. Las exigencias comunitarias son las únicas que generan la fraternidad efectiva. En la búsqueda de Dios en medio de la historia de los pueblos se hace necesario el discernimiento comunitario. De ahí la importancia de los equipos sacerdotales, de las fraternidades o comunidades religiosas, de los equipos de laicos con su dinámica propia de vida de oración, de revisión, de planificación, con sus momentos celebrativos especiales, sin que esto desvirtúe las celebraciones con el pueblo.

10. Espiritualidad mariana. El misionero ve en María la síntesis de una espiritualidad misionera. En la vida de María podemos descubrir muchos aspectos y rasgos de esta espiritualidad que venimos presentando.

Nos centramos en algunos momentos de su vida: anunciación, visitación, magníficat, natividad, huida a Egipto, cruz, cenáculo... En todos ellos, se ve una persona para quien la presencia de Dios y la realización de su Reino universal son realidades más importantes que sus propios intereses.

Para la reflexión personal

Al hablar de **espiritualidad misionera** nos referimos a un talante, a un espíritu, a una manera de ser creyente. Un toque especial en el vivir y expresar la fe. Hay muchas espiritualidades; todas dependen del “desde dónde se vive”. “*Lo que hemos visto y oído, lo que nuestras manos palparon [...], os lo anunciamos ahora*” (1 Jn 1,1-3). Este encuentro experiencial con Dios, que se nos revela en Cristo, **supone dos encuentros que sugiere el Evangelio.**

El primero es el de **la misma persona de Jesús**. El encuentro de Cristo para los hombres y mujeres de su tiempo crea en ellos una experiencia contemplativa; **el encuentro con su persona es un valor en sí mismo.** Véanse los encuentros de Jesús con Zaqueo (Lc 19,1-10), la samaritana (Jn 4,1-42), los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) y Pablo (Hch 9,1-18).

El segundo encuentro es la experiencia contemplativa de **la presencia de Cristo en el hermano**, sobre todo en el “*hermano pequeño*”: Mt 25,31ss.

Ambos encuentros son inseparables. El primero muestra que el cristianismo es trascendente; el segundo, que es encarnado, misionero e inseparable del amor al otro, que es mi hermano.

Y tú, ¿desde dónde te encuentras con el otro? ¿Desde dónde haces oración? ¿Desde dónde miras al mundo?

Para el trabajo en grupos

“**E**mpiezo refiriéndome a la misión *ad gentes*. Les invito a considerar brevemente una escena. Jesús dice a sus discípulos: ‘*Vamos a la otra orilla*’. Fue en aquella ocasión en que se desató una tormenta. Pensemos en las dos orillas. Una es la orilla conocida, la orilla de la propia cultura, religión y ambiente. La orilla de los amigos, familiares y compañeros. La otra es la orilla del mundo pagano, la orilla por tanto donde abundan los cerdos, la orilla desconocida, la orilla de otra lengua, cultura, religión y ambiente (ver Mc 4,35). Y sin embargo, Jesús desafía a sus discípulos: ‘*Vamos a la otra orilla*’. **Aquí está en síntesis la misión *ad gentes*. Movimiento hacia la otra orilla.**

Según lo anterior quisiera describir la misión *ad gentes* como ‘movimiento de amor, impulsado por el Espíritu, más allá de las fronteras de la fe’.

Es movimiento que continúa en nuestra historia el movimiento del Hijo enviado por el Padre con la fuerza del Espíritu Santo.

Es **movimiento de amor** y por tanto no de poder, no de conquista, no de turismo, no de negocios.

Impulsado por el Espíritu porque Él es el agente principal de la misión, de una misión que es siempre Misión de Dios, y de la cual somos todos instrumentos.

Más allá de las fronteras. Usualmente las fronteras cierran, ponen límites, señalan identidades, y frente a la frontera se podría tener la tentación de frenarse. La misión no se frena ante las fronteras de fe y de vida”.

(Luis A. Castro Quiroga, Congreso Nacional de Misiones, Burgos, 2003; en CEM, *Actas...*, pp. 45-6).

¿Cómo vivís en vuestra comunidad la espiritualidad misionera?

TESTIMONIO

HEME AQUÍ, MÁNDAME A MÍ

He trabajado 10 años en Italia, 14 en Venezuela en la pastoral de la animación y la formación, y 7 años en España, recorriendo la “antigua corona” de Aragón, hasta los últimos confines, para una animación misionera actualizada.

Me he dado cuenta de que hoy vivimos en un mundo en que se cuestiona todo y de un acentuado relativismo religioso; se prefiere vivir el momento inmediato, hacer sólo “lo que me gusta y me apetece”. Están de moda las elecciones a corto plazo y de interés económico favorable. Este mundo está dominado por el individualismo, va detrás de seudovalores y no se pone de acuerdo en perseguir el bien común a través de una “ética comunitaria” y en vivir los valores universales de la verdad, la libertad, la justicia y la paz. Hemos acostumbrado a nuestra gente a quejarse, pero no a ser responsable y “mojarse” para el bien común. Se oye un sinfín de “es que...”. Se pregonan más los valores individuales y menos la vivencia de las virtudes cotidianas, muy necesarias para una intensa y verdadera convivencia.

Aunque asistimos a una banalización de las conciencias y una masificación de las personas, la gente, particularmente los jóvenes, lleva en el corazón un deseo de infinito, de plenitud, de felicidad y de esperanza. La mayoría de las personas reclama un amor gratuito, testimonial y sobre todo “de por vida” para salir de esclavitudes egoístas, auténticos callejones sin salida. Pero hace falta abandonar “una pastoral de mínimos, de conservación”, y salir a la calle para encontrarse con la realidad, anunciar el Evangelio y testimoniar con la vida.

Las tres cuartas partes de la población mundial no piden tanto nuestra ayuda y nuestro dinero, sino una actitud diferente, que estamos dispuestos a cambiar nuestro estilo de vida, si queremos cambiar el mundo. No bas-

tan las campañas, porque damos lo que nos sobra y no lo que nos cuesta y nos cuestione para una vida más sobria y solidaria.

Dios quiere actuar en persona y responder a estas situaciones; Dios quiere enjugar las lágrimas de sus ojos por medio nuestro (Ez 34,11ss; Is 25,8-10).

Me he dado cuenta de que no basta ser misionero y especialista de la misión, que no basta sólo ir: hay que querer regresar, compartir nuestras experiencias, estar dispuesto a denunciar y “*volver a profetizar otra vez contra pueblos, naciones y reyes*” (Ap 10,11), dispuesto a acompañar a nuestras comunidades, que necesitan una inyección de entusiasmo misionero; pero hay que disminuir en el protagonismo y morir a uno mismo para que ellas crezcan en el compromiso eclesial y den frutos abundantes.

La misión se ha hecho cercana y reclama nuevos evangelizadores, que deben salir de nuestras comunidades renovadas o vendrán desde lejos, de otras Iglesias. Es la hora de la misión y se necesita un urgente relevo misionero, pero ¿cómo podrán creer sin que se les predique y se les anuncia la Buena Noticia? “*iHeme aquí, mándame a mí!*” (Is 6,8). Algunos me preguntan: ¿por qué ir a misiones cuando aquí hay tantas necesidades y la misión está aquí? Si hacemos comparaciones sobre las necesidades, no caben dudas ni discusiones. Podríamos recordar aquí el texto de Mateo: “*Id por todo el mundo y haced discípulos de todos los pueblos*” (Mt 28,19-20); y el de los Hechos de los Apóstoles: “*Pasa aquí a Macedonia y ayúdanos*” (Hch 16,9).

Por lo tanto, ya hace muchos años, y ahora también, contesto: “**Heme aquí, mándame a mí**”.

P. ANDRÉS BIGNOTT

Misionero de La Consolata en Venezuela

ORACIÓN

ID Y ANUNCIAD

Id y anunciad el Evangelio...

porque nadie debe quedar sin escucharlo.

Id y anunciad el Evangelio...

porque a nadie se le puede negar este tesoro.

Id y anunciad el Evangelio...

porque si gratis lo has recibido, gratis lo debes dar.

Id y anunciad el Evangelio...

porque sus palabras son palabras de vida.

Id y anunciad el Evangelio...

porque Dios te habla a través de la Palabra.

Id y anunciad el Evangelio...

porque nunca se debe ocultar.

Id y anunciad el Evangelio...

*porque lo que es bueno para ti,
con otros lo tienes que compartir.*

Id y anunciad el Evangelio...

porque Dios te necesita.

Id y anunciad el Evangelio...

y Yo estaré contigo hasta el final de los tiempos.

Porque sin Mí no puedes hacer nada; porque de Mí te vendrá la fuerza para anunciarlo; porque tú solo no eres nada, pero conmigo lo eres todo.

Confía, confía en Mí... Tú eres mi mensajero... Confía, confía...